

GÉNERO Y ENCUENTRO COLONIAL EN EL MUNDO ÁRABE: REVISANDO EXPERIENCIAS Y NARRATIVAS DE MUJERES*

Maria Dolors Garcia-Ramon

Una gran parte de la bibliografía feminista y postcolonial da por supuesto que las mujeres europeas tenían una experiencia del encuentro colonial distinta de la de los hombres y que, por ello, sus actitudes hacia el colonialismo, según aparecen en sus narraciones de viajes, tenían que ser diferentes (Blake, 1992; Domosh, 1991; Mills, 1991; Monicat, 1996; Pratt, 1992). Para tratar de verificar este supuesto, voy a centrarme en la vida y obra de dos europeas —Isabelle Eberhardt y Gertrude Bell— que vivieron y escribieron a fines del XIX y comienzos del XX en lo que cabe denominar la «zona de contacto», ese espacio en el que gentes distantes geográfica e históricamente establecieron un contacto desigual en condiciones que implicaban coerción y conflicto (Pratt, 1992). Isabelle Eberhardt nació en 1877 en Ginebra, aunque era de origen ruso; viajó por Túnez y Argelia, escribió en francés y se convirtió en una figura legendaria en Francia. Gertrude Bell, nacida en 1868 en el condado de Durham (Reino Unido), pasó la mayor parte de su vida adulta en Oriente Medio trabajando como arqueóloga y también al servicio del gobierno británico, en el que desempeñó un papel destacado en la configuración del moderno mapa político de dicha región. Eberhardt y Bell son dos personas muy diferentes en su manera de enten-

* Texto original: «Gender and the colonial encounter in the Arab world: examining women's experiences and narratives», *Environment and Planning D: Society and Space*, 21: pp. 653-672 (2003). Parte de la traducción al castellano procede de una versión paralela publicada como «Viajeras europeas en el mundo árabe: un análisis desde la geografía feminista y postcolonial», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 40; pp. 105-130 (2002).

der la experiencia viajera, y, asimismo, la política colonial, y sus textos muestran posturas contrarias en relación con la nación, la raza y la clase social. Pero la comparación de sus diferentes experiencias y narrativas coloniales arroja mucha luz sobre el encuentro colonial en el mundo árabe. Otra razón para focalizar en el caso de Eberhardt es que en Geografía (como en otras disciplinas) la mayoría de los estudios sobre mujeres viajeras han sido llevados a cabo por autores de habla inglesa analizando viajeras de habla inglesa; el estudio de Isabelle Eberhardt nos conduce a un contexto cultural distinto. El caso de Gertrude Bell no ha sido objeto de investigación académica por parte de ningún geógrafo británico ni anglófono. Quizá ello sea debido a que sus actividades y escritos parecen, a primera vista, responder más a las directrices imperiales masculinas que en el caso de otras mujeres viajeras de la etapa colonial. Además, creo que es muy importante recuperar las voces de los «márgenes» (especialmente las de las mujeres) para así disponer de una imagen menos excluyente y más matizada acerca del encuentro colonial.

Este artículo se divide en tres secciones. La primera revisa la recepción crítica de los planteamientos de Said sobre el orientalismo, y examina recientes aportaciones académicas en los campos de la geografía y del feminismo sobre el estudio de las narraciones de viajeras. La segunda sección se refiere a Isabelle Eberhardt y la tercera, a Gertrude Bell. En cada caso estudio la vida y los textos de estas dos mujeres y examino su carácter de género, así como la compleja dinámica de sus comportamientos y discursos políticos.

Una revisión de los estudios sobre colonialismo y sobre narraciones de viajeras

El estudio de la relación entre geografía y colonialismo desde una perspectiva crítica no recibió la atención que merece hasta finales de la década de 1970. Un volumen especial sobre

«Geografía y colonialismo» fue publicado por la revista francesa *Hérodote* (1978) y algunas aportaciones aparecieron en la revista norteamericana *Antipode* (p.ej. Hudson, 1977). Pero se ha de esperar a la década de 1990 para que el encuentro de la geografía con el colonialismo sea sometido a un examen crítico y sistemático (entre otros: Bruneau y Dory, 1994; Driver, 1992; Duncan y Gregory, 1999; Godlewska y Smith, 1994; Gregory, 1995; Soubeyran, 1989). El estudio de las narraciones de viajeras desde una perspectiva feminista y postcolonial ha desempeñado un papel muy importante en esta revisión crítica (Blunt, 1999; Blunt y Rose, 1994; Domosh, 1991; McEwan, 1996; Secor, 1999; y véase Morin y Berg, 1999, para un análisis completo), aunque fuera de la geografía angloamericana se han llevado a cabo pocos trabajos (Garcia-Ramon *et al.*, 1998; Nogué *et al.*, 1996).

Buena parte de esta investigación se relaciona claramente con la publicación del libro *Orientalismo* (1978), de E. Said, así como su obra posterior *Cultura e imperialismo* (1993), que abrieron todo un nuevo campo en diversas disciplinas. La obra de Said puso de relieve algunas características fundamentales del discurso colonial, pero la oposición binaria entre Occidente y Oriente que la inspira deja poco espacio para posturas ambivalentes y ha suscitado críticas desde una perspectiva feminista y postcolonial. La metanarrativa de Said establece una confrontación tajante entre colonizadores y colonizados que lleva a ignorar las fluctuaciones y ambigüedades de cada individuo en particular y oculta la heterogeneidad del poder colonial (Lowe, 1995; Spivak, 1987). Se ha criticado a Said desde un punto de vista feminista, porque minusvalora el papel desempeñado por las mujeres, ya que descarta que el género fuese un componente importante del discurso colonial (Kabbani, 1986; Lewis, 1996; McClintock, 1995; Midgley, 1998; Yegenoglu, 1998). Para él, el orientalismo es un «territorio exclusivamente masculino» (Said, 1978: 207). La obra de Yegenoglu (1998) lle-

va más allá la crítica de Said al introducir la distinción entre el contenido «manifiesto» y el contenido «latente» del orientalismo y argumenta que Said no problematiza el papel que en esto juega la sexualidad. De hecho, desarrolla ideas que ya habían sido sugeridas en la década de 1980 (Ahmed, 1982; Alloula, 1981; Kabbani, 1986) sobre la erotización del colonialismo y la feminización de un discurso en el cual las mujeres aparecían como terriblemente oprimidas por sus hombres, lo que daba legitimidad a la «misión civilizadora de Occidente» (Bhabha, 1993).

En términos más generales, la investigación feminista más reciente ha subrayado el sesgo de género de la literatura colonial y ha destacado la complejidad de las funciones encomendadas a mujeres en la historia colonial (como, por ejemplo, enfermeras, misioneras, maestras, esposas de funcionarios u oficiales, incluso turistas, etc.). También se ha señalado la tarea significativa desarrollada por mujeres en la reproducción ideológica del imperio, pues la aparente trivialidad de la vida de numerosas europeas en las colonias oculta su papel en un sistema imperial androcéntrico (Blunt, 1999; McClintock, 1995; Midgley, 1998). Diversas autoras (Blake, 1992; Domosh, 1991; Mills, 1991; Monicat, 1996; Pratt, 1992; entre otras) señalan que el discurso colonial no debe ser entendido como un fenómeno unitario, ya que el género es un factor importante en la producción de diferencias internas. La posición singular de las mujeres, entre el discurso del colonialismo y el de la feminidad, podía aportar algunos elementos de contradicción que en último término acabasen convirtiéndose en una crítica de la posición colonial, pues su discurso sobre el colonialismo podía ser más ambiguo y ambivalente que el de los hombres. Subyace a este enfoque la idea de que las mujeres, colonizadas y oprimidas debido a su género en su país, podían oponerse al colonialismo fuera de él (Blake, 1992). Pero en este intento de identificar elementos de resistencia en las narrativas de

mujeres también se encuentran elementos de complicidad. Si las europeas estaban marginadas en el espacio patriarcal (en su propio país), donde eran percibidas, sobre todo, en términos de inferioridad debido a su género, en el espacio colonial las construcciones de superioridad racial y cultural que comparían con los hombres europeos podían pesar más que la inferioridad de género (Blunt y Rose, 1994).

Aunque las narrativas de mujeres no se aparten necesariamente del discurso colonial hegemónico, no dejan de estar determinadas por el género. Exhiben una serie de características distintivas que, en su mayor parte, proceden del proceso de socialización específico de las mujeres, así como de la naturaleza misma de su viaje. En efecto, pocas veces las mujeres viajaban con un encargo oficial, por lo que sus descripciones no tenían que satisfacer un patrono ni tampoco tenían que reforzar su reputación profesional (Mills, 1991). Por ello, su texto podía permitirse mayores libertades y no estaba sujeto a consideraciones dictadas por una estrategia profesional o política. El entorno doméstico tiene una presencia mucho más destacada en los textos de mujeres que en los de hombres lo cual «no es simplemente debido a sus distintas esferas de interés o de competencias sino de modos (distintos) de construir el conocimiento y la subjetividad» (Pratt, 1992: 159).

Se ha recordado, asimismo, que la categoría de género no puede aislarla de las de nación, raza y clase, y que el análisis tiene que tratar de la interacción entre todos estos componentes (McClintock, 1995). Viajeros y viajeras eran en todos los casos «forasteros», pertenecientes a otra raza, otra nación y otra cultura, algo que no siempre se ha tenido en cuenta tan explícitamente como es necesario (Grewal, 1996). De igual modo, el estudio de las narraciones de viaje no ha prestado la atención que merece a la categoría de clase. Ragan (1998) ha señalado la importancia de este factor en el estudio de lo que denomina «discursos marginales al orientalismo», centrándose en un gru-

po de viajeras francesas a Egipto cuyas narraciones habían sido ignoradas por la erudición orientalista. De forma más incisiva, Secor (1999) reclama una construcción de la diferencia centrada en las clases sociales cuando estudia las cartas que desde Turquía escribió lady Mary Wortley Montagu (1998) entre 1716 y 1718; Secor plantea que un análisis que destaque la interacción de la clase social con el resto de los discursos sobre la diferencia puede ayudar enormemente a comprender las narrativas de viajes, especialmente, las escritas por mujeres.

En definitiva, parece que existe un consenso creciente sobre la importancia del papel jugado por las mujeres en la formación de las relaciones coloniales. Sobre este telón de fondo voy a examinar las narrativas y experiencias de vida de Isabelle Eberhardt y Gertrude Bell para destacar su carácter específico de género, tanto en la forma como en los contenidos. Planteo, en términos críticos, la cuestión de que hasta qué punto el género podía dar lugar a un discurso sobre el colonialismo diferente del discurso masculino dominante. No me planteo la cuestión en términos de una polaridad de posturas en el encuentro colonial, sino más bien a partir de una concepción más abierta que admite que podían darse actitudes ambiguas y ambivalentes. Al mismo tiempo, he seleccionado la información para apuntar la necesidad de que se exploren las intersecciones del género con los orígenes de clase y la procedencia nacional y racial, a fin de comprender cabalmente los sesgos que se encuentran en las narrativas de viaje en la conflictiva «zona de contacto» creada por la expansión imperial a comienzos del siglo XX.

Isabelle Eberhardt (1877-1904) o la «amazona de las dunas»: una figura legendaria

Isabelle Eberhardt construye su identidad y su destino

La vida de Isabelle Eberhardt fue un intento permanente de forjarse una identidad más allá de su género y de su cultura de

origen. Nacida en Ginebra en 1877, era probablemente hija de Alexandre Trophimowsky, clérigo ortodoxo que se hizo anarquista y se fugó con la madre de Isabelle, Natalie Moerder, medio rusa y medio judía, casada con un general del ejército imperial ruso. Isabelle recibió el apellido de su madre (Eberhardt), lo que la marcó para toda la vida. Trophimowsky, que había sido contratado en Rusia como tutor de los otros hijos del matrimonio Moerder, educó a Isabelle en el inconformismo que la caracterizaría siempre. Le enseñó varias lenguas, entre ellas el árabe clásico; en casa, Isabelle hablaba ruso con él y francés con su madre y sus hermanos, según era costumbre en la alta sociedad rusa. Trophimowsky también le enseñó a cabalgar y fomentó su gusto por vestir ropas de hombre. Ávida lectora de Pierre Loti, sus sueños de irse a vivir a Oriente se realizaron en 1897, cuando convenció a su madre para que la acompañase a Bône (actualmente, Annaba, Argelia) (Figura 1), donde ambas se convirtieron al islam. Poco después murió su madre, e Isabelle, desolada,



Figura 1
La geografía de Isabelle Eberhardt en el norte de África.

se marchó a Túnez, donde escandalizó a los colonos franceses con su forma de vida, fumando kif, vistiendo como un hombre (Figura 2) y, a pesar de su conversión al islam, bebiendo alcohol y llevando una vida libre de prejuicios. Cuando se le acabó el dinero, regresó a Ginebra para tratar de recibir algo de la herencia de su madre que, sin embargo, perdió por una serie de razones legales. Trató entonces de ganarse la vida escribiendo narraciones breves y artículos de periódicos en Francia y en Argelia, pero, de hecho, viviría en la pobreza el resto de su vida.



Figura 2
Isabelle Eberhardt vestida
con ropas árabes en Ginebra
en 1895. CAOM.
Aix-en-Provence (Francia);
fotografía de Louis David.

En 1900, ya de nuevo en Argelia, fue a El Oued, donde se procuró un caballo y emprendió sus exploraciones por el desierto estableciendo relaciones amistosas con la población local y aprendiendo a expresarse con fluidez en árabe colo-

quial. También conoció entonces a Sliman Ehni, un joven militar argelino con quien tuvo una profunda y romántica relación amorosa. Sliman la ayudó a ser admitida en la Qadriyya, una cofradía sufí muy implantada entre los beduinos y conocida en aquellos años por una actitud más bien pasiva ante la ocupación francesa. Las autoridades coloniales consideraron que la actividad de Eberhardt era provocativa y la expulsaron de Argelia en 1901. Sin embargo, al final de ese mismo año se casó con Sliman, quien gozaba de ciudadanía francesa, lo que le permitió regresar a Argelia. Estaba fascinada por el modo de vida nómada y sus viajes por los distritos meridionales de Argelia y de Túnez le ganaron el sobrenombre de «amazona de las dunas» (Eberhardt, 1988a).

En 1903, el ejército francés combatía con tribus rebeldes en el sudoeste argelino y el director de la revista *Akhbar* (Victor Barrucand, partidario de una política colonial «suave») propuso a Isabelle que fuese su corresponsal de guerra en Ain Sefra, el puesto de mando avanzado del ejército francés en aquella zona. Conoció entonces al general Hubert Lyautey, quien había sido encargado de controlar las tribus rebeldes de la frontera entre Argelia y Marruecos y de fortalecer la posición francesa para negociar con el sultán marroquí. Lyautey pronto se dio cuenta de que el conocimiento que Isabelle tenía de las tribus locales y del árabe hablado podían serle de gran utilidad para recoger informaciones de interés. En su avance por los territorios fronterizos, los franceses creían que era de gran importancia la actitud del principal centro de influencia política y religiosa entre las poblaciones tribales de la región, la *zawiyah* de Kenadsa, cerca de Colomb-Bechar, donde, en noviembre de 1903, se estableció una avanzadilla francesa. Isabelle acogió con entusiasmo la propuesta de Lyautey de establecer contactos en lo que todavía era un lugar misterioso. La *zawiyah* era un santuario venerado y también una escuela y un tribunal coránicos, y sus *sheikhs* eran mediadores en todos los conflictos

intertribales de aquella región. Lo que constituía un obstáculo para los planes de penetración «pacífica» de Lyautey era que la *zawiyah* de Kenadsa siempre había reconocido la soberanía del Sultán y «Emir de los Creyentes» (Sayagh, 1986). Por entonces, la salud de Isabelle era precaria y después de unos pocos meses en Kenadsa tuvo que regresar a Ain Sefra aquejada de fuertes fiebres (Figura 3). Poco después Eberhardt murió durante una violenta riada el 21 de septiembre de 1904.



Figura 3
Isabelle Eberhardt vistiendo su *bournous*, pocos meses antes de su muerte en 1904
(fotografía: Roger Violett/
Cordon Press)

La lectura de sus diarios pone de relieve que Isabelle estaba poseída por el anhelo de adquirir fama como escritora. Bajo diversos seudónimos publicó en un buen número de periódicos

cos en Francia y en Argelia, así como numerosas narraciones breves, notas y diarios. La mayoría de sus libros fueron publicados después de su muerte, sin duda con mucha intervención por parte de Barrucand (véase el listado de sus obras en la bibliografía). Isabelle pintó una imagen vívida y realista del Magreb y de sus gentes, en la que se ve su simpatía por los colonizados y los oprimidos. Isabelle se convirtió en una figura legendaria en Francia a comienzos del siglo XX y todavía no se ha desvanecido el interés por su personalidad (Rice, 1994).¹

La complejidad del comportamiento político de Eberhardt: ¿complicidad o resistencia a la política colonial francesa?

La vida de Isabelle está llena de paradojas: se convirtió al islam, se adhirió a la cofradía de la Qadriyya, se casó con un árabe, fue expulsada un par de veces de Argelia, aunque al final consintió en ponerse al servicio del ejército en interés de los proyectos imperiales de Francia en el Magreb. Durante su vida en África del norte pronto mostró su afinidad y su simpatía hacia la población musulmana: todavía en Bône, cuando estudiantes musulmanes se rebelaron contra las autoridades coloniales, Isabelle se alineó con ellos y escribió:

Si la lucha se hace inevitable no dudaré ni un momento [...] quizás lucharé con los revolucionarios musulmanes como lo hacía a favor de los anarquistas rusos [...] aunque con más convicción y con un mayor odio hacia la opresión. Siento ahora que soy más profundamente musulmana que antes era anarquista. (citado por Kobak de un diario inédito, 1989: 63)

Los archivos de la policía en Argelia registraron su actitud hostil hacia la acción colonial de Francia. Cuando fue a

1. Información más detallada sobre su obra puede encontrarse en Eberhardt (1998a) y Kobak (1989).

El Oued en 1900, un anónimo «amigo verdadero» del ejército escribió desde París una carta al mando militar regional en la que decía:

Una mujer —hija natural y de reputación dudosa—, Isabelle Eberhardt, nacida en Suiza pero de nacionalidad rusa, disfrazada de hombre y haciéndose llamar Mahmoud Saadi, ha ido a El Oued por cuenta del periódico parisíense *L'Aurore* para espiar las actividades y andanzas de los oficiales de los *Bureaux Arabes* a fin de fomentar una despiadada campaña de prensa contra los oficiales de los *Bureaux Arabes* en particular y del ejército en general [...] Además esta mujer odia profundamente a Francia y no desea otra cosa que incitar a los súbditos árabes de Francia a rebelarse, y a fin de inspirarles más confianza pretende que es musulmana pero no es verdad. (Eberhardt, 1991: 251-252)

Vale la pena señalar que, además de sus críticas a la acción colonial de Francia, lo que escandalizaba a los colonos franceses era su respeto por la cultura indígena y su excéntrico comportamiento. En definitiva, su actitud, su conducta y sus escritos se consideraban peligrosos porque ponían en tela de juicio la «misión civilizadora» de Francia.

Eberhardt, sin embargo, creía que la Administración francesa tenía algunas ventajas fundamentales. Cuando la acusaron de actividades antifrancesas escribió indignada: «Allí donde voy, siempre que puedo, me esfuerzo por dar a mis amigos nativos ideas razonables y exactas, explicándoles que la dominación francesa es preferible con mucho a tener aquí de nuevo a los turcos, o, para el caso, cualesquiera otros extranjeros. Es completamente injusto acusarme de actividades antifrancesas» (Eberhardt, 1988b: 87). Su admiración por el modo de vida tradicional del Sahara puede verse en sus descripciones, llenas de colorido, de la vida de las tribus nómadas, algo que estaba desa-

pareciendo de sus ojos y que ella imputaba a la dominación colonial. Escribió, a propósito del mercado de Ain Sefra, en el Sur:

Desde la tarde del domingo, por todas las pistas y a través de todas las dunas van llegando nómadas a lomos de caballo o de mula, o a pie, conduciendo pacientes burritos o enormes y lentos camellos cuyos grandes pescuezos y codiciosos morros se estiran hacia los verdes montoncitos de *alfa*. Las tribus migrantes como los Amour y Beni-Guil se ponen en marcha hacia Ain Sefra y su gran mercado de los lunes. El mercado tiene una función primordial en la vida de los árabes, y en particular, de los árabes nómadas. Es la ocasión para celebrar reuniones, enterarse de lo que ocurre, y para ganar algún dinero [...] La mercancía que viene del Sur se amontona en un magnífico desorden: vellones que huelen a grasa, sal gruesa en grises y esponjosas pilas, pellejos de cabra llenos de leche agria, manteca o goma de *thuya*; cestos hechos de *alfa*; mantas y *haiks* de colores relucientes; *burnouses* nuevos todavía rígidos; herraduras de caballo; jarras de alfarería; madejas de lana; sillas de montar, y más cosas. En medio de este fascinante caos de objetos en venta circulan los nómadas [...] en el mercado brotan las discusiones al menor desacuerdo [...] Este rudo cuadro, violento pero lleno de vida, de la vida nómada no ha cambiado, no ha sido alterado por el paso de los siglos. (Eberhardt, 1995: 19-21)

Isabelle también creía que ciertos proyectos coloniales, como la construcción del ferrocarril del Tafilalet, podían desarrollar estas tierras pobres y aportar bienestar a las tribus que vivían allí:

La rápida construcción del ferrocarril es, obviamente, la garantía obligada del desarrollo del sudoeste [...] en suma,

a fin de justificar *nuestra* presencia en el sudeste del Oranesado, Francia tiene la obligación imperativa de asegurar una paz beneficiosa en la región y de aplicar medidas económicas de todo orden para mejorar la situación del país y desarrollarlo. Sin ello, la conquista, que ya ha sido puesta en cuestión, no sería más que una aventura absolutamente inútil y ninguna persona sensible dudaría en condenarla vigorosamente. (Eberhardt, 1988a: 477; la cursiva es nuestra)

Obsérvese que Isabelle se identifica con los franceses al utilizar la primera persona del plural para referirse a la presencia del país galo en el área. Probablemente era consciente de su discrepancia ética y política con Lyautey, pero su posición de corresponsal de guerra en el sur le daba cierta estabilidad económica y, sobre todo, la oportunidad que siempre había anhelado de moverse libremente por el Sahara, ya que disfrutaba de la protección del ejército francés. Al final, Isabelle se convirtió en partidaria abierta de la política de Lyautey sobre lo que debía ser la «pacificación» del Sahara por parte de Francia. Puede sorprender que este giro hacia la colaboración con el general no sea motivo de vacilación alguna en los escritos de Isabelle. Pero existía algo que ella podía compartir con este militar profundamente conservador, a saber, su desprecio por lo que sin embargo era la razón de ser de la presencia francesa en Argelia: los colonos europeos. Lyautey concebía el proyecto colonial fundamentalmente como una estrategia para fortalecer el poder militar de Francia y su influencia cultural y política en el mundo, y los mercaderes codiciosos y los pequeños colonos ávidos de tierra eran más que nada un inconveniente, una fuente potencial de conflictos. Años más tarde, en 1918, cuando tenía todo el poder en Marruecos, Lyautey escribió a su amigo Victor Barrucand, quien había sido también amigo de Eberhardt y editor de sus escritos: «[En Argelia] los colonos agrícolas franceses tienen una

mentalidad de puros *boches* [peyorativo aplicado usualmente a los alemanes], con las mismas ideas sobre razas inferiores destinadas a ser explotadas sin piedad (Delanoë, 1988: 25). Lyautey explicaba a su amigo que esta forma de colonización tenía que evitarse en Marruecos, una conclusión con la que Eberhardt, sin duda, habría estado de acuerdo.

Una nueva generación de autores magrebíes considera que los escritos de Eberhardt fueron los que primero se sumergieron en la problemática de la alienación cultural de los colonizados. El Oriente de Isabelle, en efecto, carece, en general, de mistificaciones románticas y muchas narraciones suyas se refieren a los efectos degradantes de la dominación colonial sobre la población nativa. En este sentido, Abdel-Jaoual (1993: 101) afirma que «la *écriture* de Isabel es eminentemente proto-postmoderna y postcolonial: el trato que ella confiere a la realidad magrebí es percibida por muchos de sus lectores como un primer intento (...) de revisión del consenso orientalista». La actitud ambivalente de Eberhardt hacia la empresa colonial puede verse en su utilización de términos geográficos, por ejemplo, cuando escoge el nombre árabe *Moghreb* (en dialecto argelino) que, más tarde, se usó ampliamente en el movimiento anticolonialista en vez del término anticolonial *Afrique du Nord*. Para muchos argelinos, Isabelle representa la defensa de sus valores nacionales en el momento culminante de la época colonial y es vista como precursora de los escritores francófonos magrebíes (Dembri, 1970; Mousseoui, 1985).

Imágenes de mujeres en la vida y los escritos de Isabelle Eberhardt

Isabelle tenía una elevada opinión de sí misma y se consideraba una mujer independiente. Estableció con su marido una relación en pie de igualdad, como le escribía en 1901: «Sí, por supuesto, soy tu esposa ante Dios y para el islam. Pero no soy una vulgar Fatma o una Aicha cualquiera. Soy también tu her-

mano Mahmud, el servidor de Dios y de Djilani [el fundador de la Qadriyya] en primer lugar, antes que la sirvienta de su marido que es toda mujer árabe según la *shari'a*» (Eberhardt, 1991: 336-337). No despreciaba solamente a las sumisas mujeres árabes, sino también a aquellas europeas que eran vulgares e incultas. Así consideraba a su cuñada Hélène, casada con su hermano Augustin, a la que llamaba condescendientemente «Jenny, l'ouvrière» (Eberhardt, 1987: 110). Tenía una fe romántica en la igualdad, pero sus orígenes de clase la traicionan en muchos de sus escritos y actitudes y se sobreponen a sus sentimientos de solidaridad de género.

En sus narraciones breves, Isabelle se refiere principalmente a personajes masculinos y muestra una especial predilección por nómadas, legionarios y otros marginales como ella misma. Sus textos pueden interpretarse en ocasiones como misóginos, si bien una lectura atenta revela su desprecio tanto por hombres como por mujeres que no rompián las normas de una sociedad desigual y marcada por las diferencias de género. Refiriéndose a las europeas escribió:

Las mujeres no pueden comprenderme, me ven como una lunática. Soy demasiado simple para su gusto, obsesionadas con lo superficial y artificioso. Giran como peonzas en una comedia incesante, siempre lo mismo [...] Cuando la mujer se convierte en camarada del hombre, cuando deja de ser una muñeca, entonces inicia otra existencia. Por ahora, sin embargo, solo saben suspirar en el momento oportuno y al ritmo de vals [...] No he visto señales que los hombres deseen que cambien salvo dentro de los límites de la moda. Una esclava o un ídolo, esto es lo que ellos pueden amar: nunca un igual. (Eberhardt, 1993: 69-70)

Isabelle retrató a las mujeres árabes como pasivas y resignadas, pero también imaginó personajes que se rebelaban y

que trataban de escapar de las limitaciones que la sociedad les imponía, refugiándose en las drogas, el alcohol, la prostitución o el misticismo. Solo se interesó por mujeres árabes que rechazaban la tutela de los hombres, como muestra su relación con la morabita Lalla Zaynab, una mística sufí que había hecho voto de soltería y llegó a ser muy influyente debido a su piedad y a sus dotes como curandera. Isabelle se sintió muy atraída por Lalla y estableció con ella una buena relación personal (Clancy-Smith, 1992). Sobre ella escribió:

[M]i caso, y mi modo de vida interesan mucho a la morabita. Cuando ha escuchado todo lo que le digo, lo aprueba y me promete su amistad para siempre. Pero de repente, se entristece y la veo llorar: «Querida» me dice «he dedicado toda mi vida a seguir el camino de Dios... y los hombres no lo reconocen. Muchos me odian y me envidian. Y, sin embargo, he renunciado a todo: nunca me he casado, no tengo familia, no tengo alegrías...». (Eberhardt, 1998: 263)

Aunque la vida de Isabelle era muy diferente, se identificó mucho con esta mujer con la que compartía una experiencia básica, un modo de vida alejado del de una mujer corriente y que, a menudo, despertaba odio y hostilidad.

A través de las fronteras de género: ¿Isabelle Eberhardt o Si Mahmoud Saadi?

Eberhardt parece entrar y salir de su género del mismo modo que sus simpatías iban y venían de los colonizadores a los colonizados. La adopción de un nombre musulmán revela las múltiples dimensiones de las transgresiones de Isabelle: escogió un nombre masculino, Mahmoud. Si dar nombre a una criatura equivale a asignarle una definición social muy precisa, indicarle lo que es, así como lo que tiene que ser (Bourdieu, 1982), entonces, la adopción por parte de un adulto de un nombre

reservado a un sexo distinto del suyo debería interpretarse como una transgresión deliberada, como el rechazo a un rol de género impuesto. ¿O acaso era tan solo un medio para ser admitida en ámbitos prohibidos para las mujeres, incluso las musulmanas? En parte esto lo sugieren sus propias explicaciones sobre por qué vestía como un hombre, algo que también ha suscitado mucha atención (Behdad, 1994). Según Isabelle, «puedo pasar completamente desapercibida por cualquier sitio, una posición excelente para la observación. Si las mujeres no pueden hacerlo es porque su vestido llama la atención. Las mujeres siempre han sido hechas para ser miradas, y todavía no parecen muy preocupadas por este hecho. Creo que esta actitud da demasiadas ventajas a los hombres» (Eberhardt, 1993: 38). Su travestismo tenía sus raíces en su infancia, cuando lo fomentó Trophimowsky y se ha dicho también que era fruto de las necesidades de su vida nómada. Probablemente era en mayor medida el efecto de su necesidad de escapar a las limitaciones de género, pues le daba acceso a lo que de otro modo no podría haber visto por su condición de europea en Oriente.

Pero Eberhardt no solo se vestía como un hombre, sino como un árabe, subvirtiendo otra forma de hegemonía y traspasando así una frontera cultural: un hombre europeo podía ocasionalmente vestir como un árabe, pero nunca podía hacerlo una mujer europea. El travestismo de género y de cultura de Isabelle provocaba la abierta hostilidad de los colonos franceses y era recibido con indiferencia por los árabes. Casi siempre se percataban de la verdadera identidad de Isabelle, pero, probablemente por deferencia, hacían como si creyesen que era un hombre. Isabelle era europea y este era el hecho fundamental desde el punto de vista de los nativos. En su búsqueda de una identidad tanto como en su huida de aquella que aborrecía, Isabelle tomó diversos nombres exóticos, masculinos y femeninos, como, por ejemplo, Miriam, Nadia, Nicolás Podolinsky, Si Mahmoud Saadi, etc., siempre árabes o

rusos. En sus últimos años casi siempre utilizó el nombre de Si Mahmoud Saadi, tanto en sus escritos como en su vida diaria.

Gertrude Bell (1868-1926): «la hija del desierto»

Vida y obra de Gertrude Bell: «moda de París y modales de Mayfair» en los desiertos del Próximo Oriente

Dos días después de la muerte de Gertrude Bell en Bagdad, *The Times* (13 de julio de 1926) publicó una declaración de la Cámara de los Comunes en estos términos: «Miss Gertrude Bell, cuya muerte anunciamos con gran pesar, era quizás la mujer más distinguida de nuestro tiempo en el campo de la literatura, la arqueología y la exploración de Oriente» (Bell's Special Collection, Obituaries). La extraordinaria vida de Bell ya era entonces una leyenda y su nombre evocaba imágenes del exótico y misterioso mundo árabe. Sin embargo, su fama fue pronto eclipsada por la de su excéntrico amigo y aliado T.E. Lawrence, más conocido como Lawrence de Arabia (Goodman, 1985). No fue hasta la guerra del Golfo en 1991 que volvieron a aparecer referencias a Gertrude Bell en periódicos y libros (Wallach, 1996), lo que probablemente tenía mucho que ver con el papel de Bell en el nacimiento del Irak moderno y en la determinación de sus fronteras meridionales.

Bell nació en el condado de Durham (Reino Unido) en el seno de una familia muy rica. Su padre, Hugh Bell, era dueño de la empresa siderúrgica Bell Brothers Ironsworks y poseía una de las mayores fortunas de Gran Bretaña. Gertrude quedó huérfana de madre a los dos años, pero su madre adoptiva, Florence Olliffe, se convirtió en una de sus mejores amigas. Como otras chicas de su clase social, Gertrude fue educada por una institutriz, pero más tarde consiguió que la enviaran a la Universidad de Oxford, donde se licenció en Historia Moderna con la más alta calificación. Estaba muy dotada para las lenguas y hablaba francés, alemán e italiano, y más tarde

aprendió árabe y algo de turco. Su primer viaje a Oriente tuvo lugar en 1892, cuando visitó a su tío, que era embajador británico en Teherán. En los años siguientes dio la vuelta al mundo con su hermano y también visitó por su cuenta el Próximo Oriente (Gran Siria, Anatolia y Palestina). Era una gran montañera, a la que atraían las dificultades y los peligros que esta actividad entrañaba. Pero después de su última escalada del Cervino en 1904 ya no fue sensible más que al reto de Oriente, donde realizaría casi exclusivamente todos sus ulteriores viajes. El desierto la fascinaba y no es casualidad que los beduinos Beni Sakr la llamasen «hija del desierto»; con todo, cuando viajaba por el desierto, ella siempre se comportaba «como una lady», y así lo subrayaba una de las necrologías que se le dedicaron y que llevaba el título de «Moda de París y modales de Mayfair» (Bell's Special Collection, Obituaries) (Figura 4). Tuvo varias relaciones amorosas durante su vida, pero nunca se casó, por lo que disfrutó de una gran libertad para sus viajes.



Figura 4
Gertrude Bell en 1921
(Fuente: Gertrude Bell
Photographic Archive,
Department of Archaeology,
Newcastle University,
Reino Unido).

Gertrude Bell publicó varios libros conteniendo sus relatos de viajes y sus hallazgos arqueológicos. El más conocido de ellos es *The Desert and the Sown*, que apareció en 1908 y ha sido recientemente reeditado (Bell, 1985). Escribió asimismo innumerables cartas dirigidas a su familia y amistades, en las que refleja de forma vívida sus sentimientos y sus experiencias, al lado de descripciones detalladas de sucesos y de personajes. Gran número de ellas fueron publicadas por su madre adoptiva en 1927, un año después de la muerte de Gertrude, y han sido posteriormente reeditadas (Bell, 1987). Durante su estancia en Oriente Medio también escribió un diario que nunca se ha publicado, pero es accesible en la página web de la Robinson Library de la Universidad de Newcastle (<http://www.ncl.ac.uk>). Estando en Bagdad, también escribió cierto número de informes políticos confidenciales para las autoridades británicas sobre la situación en Mesopotamia.

En 1913, Gertrude Bell emprendió un viaje a Hayil —en el desierto del norte de Arabia— que iba a darle mucha notoriedad y que hizo que durante la Primera Guerra Mundial el *Arab Bureau* del Servicio Británico de Inteligencia Militar en El Cairo la tomara como colaboradora. Durante los años precedentes, Gertrude había reunido mucha información sobre la gente y la situación de esta zona, conocimientos que resultaron muy valiosos durante la guerra debido a la inclinación favorable a los otomanos del jeque local y la situación estratégica de Hayil sobre la ruta principal desde Irak hasta la Meca. Posteriormente fue nombrada secretaria para asuntos orientales del Alto Comisionado Británico, en El Cairo primero y luego en Bagdad. Su posición social y sus conexiones la ayudaron a alcanzar estos puestos, como se deduce de una carta de recomendación de lord Cromer, uno de los hombres más influyentes en todo lo que se refería al Oriente Medio:

Miss Gertrude Bell, que es gran amiga mía, va a viajar a Egipto [...] es hija de sir Hugh Bell, bien conocido en la política inglesa y dueño de una muy importante siderúrgica de Middlesborough. Hace años que la conozco y sabe más de los árabes que casi ningún otro inglés o inglesa en la actualidad [...] Le recomiendo muy vivamente a miss Bell en el caso de que tenga ocasión de encontrarse con ella. (SAD 135/6/12, noviembre de 1915)

Gertrude Bell tomó parte en las negociaciones sobre la Mesopotamia ocupada por los británicos y en 1919 redactó un informe titulado *Syria in October 1919*, en que abogaba en favor del establecimiento de un gobierno local en aquella zona. Apoyó también los planes de T.E. Lawrence para colocar al emir Faisal de la familia Hachemita de la Meca, quien había dirigido las fuerzas árabes contra los turcos durante la guerra, en el trono de un reino de nueva creación: Irak. En 1921 tomó parte en la Conferencia de El Cairo, convocada por sir Winston Churchill (entonces secretario para las colonias), en la que se decidió proclamar a Faisal como rey de Irak. Gertrude Bell tuvo al principio una gran influencia sobre el nuevo rey y por ello se la llamó «la reina sin corona de Mesopotamia» (Bell's Special Collection, Obituaries). Bagdad se convirtió de hecho en su residencia permanente y solo regresó a Inglaterra para cortas estancias. Como escribió a su padre: «es sorprendente hasta qué punto el Oriente se ha apoderado de mí de forma que no sé qué soy yo y qué no soy [...] soy más ciudadana de Bagdad que muchos nativos de Bagdad, y presumo de que ninguno de ellos se preocupa más, o ni siquiera la mitad que yo por la belleza del río o los palmerales, ni se aferra más a los derechos de ciudadanía que yo he adquirido» (Bell, 1987: 510).

Su influencia oficial sobre la política del reino de Irak empezó a desvanecerse poco después de la proclamación de Faisal en 1922 (Figura 5). Como no era propiamente funcio-

naria de la Colonial Office ni tampoco diplomática de carrera, Gertrude Bell dejó de ser útil para la política de Londres en Oriente Medio. Empezó a dedicar cada vez más tiempo a la construcción de un museo arqueológico en Bagdad. Su salud, sin embargo, se había vuelto frágil y el 11 de julio de 1926 la encontraron muerta en la cama. La causa de su muerte fue probablemente una dosis fatal de barbitúricos, aunque quizás nunca se sabrá si fue por accidente o de modo deliberado. Todavía hoy en el museo de Irak en Bagdad hay una placa y un busto de bronce que la recuerdan como fundadora de la institución, y una copia del busto se exhibe en la sala de lecturas de la biblioteca de la Royal Geographical Society (RGS) en Londres.



Figura 5
Gertrude Bell entre Winston Churchill (izquierda) y T. E. Lawrence (derecha) durante la Conferencia de El Cairo, 1921.
(Fuente: Gertrude Bell Photographic Archive, Department of Archaeology, Newcastle University, Reino Unido).

Exploración y descubrimiento en la vida y en la obra de Gertrude Bell

Gertrude Bell se enamoró del desierto. Como anotó en su diario: «Siento como si hubiera nacido y me hubiera creado en el Nefud (el gran desierto del norte de Arabia) y no hubiera conocido nada más. ¿Existe realmente algo más?» (Bell's Diary, 13 de febrero, 1914). En sus textos se compara más de una vez su experiencia en el desierto con las historias de *Las mil y una noches*, como en esta carta a su primo, describiendo sus primeras impresiones sobre el desierto: «¿no es encantadoramente igual que en *Las mil y una noches*? a veces cuando abro un tarro nuevo de agua de rosas me da la impresión de que en vez de un olor perfumado saldrá el humo de uno de los geniecillos de Suleiman» (Bell, 1987: 23).

Bell mantuvo relación con la Royal Geographical Society. En 1908 siguió un curso sobre proyecciones de mapas, y en sus viajes solía llevar un teodolito para hacer mediciones de latitud. En 1913 fue elegida miembro de la Sociedad, poco después de que las mujeres fueran admitidas en ella, y pronunció varias conferencias. En 1918 fue distinguida con la medalla de oro por sus exploraciones en el desierto de Arabia y por sus trabajos arqueológicos (entre 1830 y 1965 solo cinco mujeres fueron premiadas con esta medalla). Bell publicó dos artículos sobre sus viajes en *The Geographical Journal* —la revista de la Sociedad— (Bell, 1910; 1914). Un año después de su muerte, la Sociedad le rindió un homenaje oficial en cuyo transcurso el presidente de esta, entonces D. Hogarth, el autor de *Arabia Deserta*, pronunció una conferencia sobre su viaje a Hayil (Hogarth, 1927).

En efecto, la aportación más significativa de Bell a la exploración geográfica fue su viaje de 1913-1914 a Hayil, con el que esperaba realizar un deseo largamente acariciado de adentrarse en Arabia central (Figura 6). Viajó con 20 camellos, dos guías, un cocinero y tres camelleros. Tras numerosas dificultades alcanzó Hayil, gobernada por la casa de Ibn Rashid, grandes rivales de la casa de Ibn Saud. Pocos europeos habían estado allí,

y los informes de Bell sobre Ibn Rashid y sus relaciones con los Saud fueron de gran valor durante la Primera Guerra Mundial, cuando Hayil se alineó con los turcos y amenazó el flanco británico del Éufrates. Bell cartografió una importante línea de pozos en el ángulo sudoeste del Nefud y el resultado de mayor valor estratégico de su expedición fueron los datos que acopió sobre los grupos tribales que se encontraban entre la línea del ferrocarril del Heyaz, por un lado, y el Sirham y el Nefud, por otro. Sus informes sobre los Howeitat fueron de particular utilidad para Lawrence durante la campaña árabe de 1917 y 1918. A propósito de esto, el Alto Comisionado Británico en Bagdad comentó: «todos Vds. han oido hablar de los éxitos extraordinarios del coronel Lawrence, que ciertamente lo fueron [...] pero no siempre se es consciente de que para hacerlos posibles fue necesaria una larga preparación previa, y yo atribuyo gran parte del éxito de las empresas del coronel Lawrence a la información y a los estudios en los que miss Bell tuvo una participación muy destacada» (Cox, 1927: 19).



Figura 6
Mapa del viaje de Gertrude Bell a Hayil
(adaptado de Hogarth, 1927).

Existe sin duda una relación entre esta expedición a Hayil y su posterior empleo como corresponsal en Basora, a título de secretaria para asuntos orientales del Arab Bureau, que tenía su base en El Cairo. Se trataba de una plaza semioficial con un pequeño salario (durante la mayor parte de su vida Gertrude dependió de la financiación de su familia, incluidos sus viajes y expediciones). El gobierno británico buscaba un grupo de expertos en asuntos árabes que pudieran asesorar al Foreign Office y Bell era una persona idónea por sus conocimientos del territorio, así como la lengua y las tribus de Mesopotamia.

«La reina sin corona de Mesopotamia»: la complicidad de Gertrude Bell con el Imperio británico

En sus informes confidenciales, Gertrude demostraba una peculiar combinación de visión política y de prejuicios históricos y sociales. Su informe de 1919 sobre la situación de Siria es un buen ejemplo de su enfoque de la política en Oriente Medio, además de tratarse de un documento revelador del tipo de material sobre el que a menudo se tomaban decisiones de política colonial. Con un razonamiento característico de ella, Bell señalaba las dificultades de establecer un gobierno nacional sobre los diversos grupos que vivían dentro de las fronteras de Irak y se pronunciaba en favor de atribuir la supremacía política a la minoría sunnita:

Aunque los chiitas sean la mayoría [en Irak], los sunnitas están indiscutiblemente más avanzados como grupo que sus rivales, cuyo reducido grupo de hombres instruidos está sumergido en un océano de gentes incivilizadas y nada maleables, mientras que las clases que predominan entre los sunnitas son terratenientes de linaje noble, eclesiásticos, políticos, funcionarios, profesionales, comerciantes y artesanos, un sólido cuerpo de gente más o menos educada y sensible al progreso [...] los sunnitas son la mayor de

las facciones del islam, el espinazo de los mayores poderes islámicos de la época moderna, como lo fueron sus predecesores, los califatos de Medina, Damasco y Bagdad. (SAD, 150/7/83-86)

De hecho, entre chiitas y sunnitas existía en Irak una diferencia real de clase, ya que los primeros eran sobre todo la población rural más pobre de la Baja Mesopotamia.

Los informes oficiales de Bell también muestran una mezcla característica de valoraciones personales y psicológicas al lado de juicios políticos. Por ejemplo, su informe sobre los acontecimientos en el desierto de Arabia en 1916 predecía el declive de la casa de Ibn Rashid de Hayil y el ascenso de Ibn Saud y sus wahhabitas. Su retrato de Abdelaziz Ibn Saud revela todos los prejuicios de la mirada orientalista sobre los gobernantes no occidentales:

A pesar de que es muy alto y ancho de espaldas, transmite la impresión, tan común en el desierto, de un cansancio indefinido, que no es individual sino racial, la fatiga secular de un pueblo antiguo y autocontenido [...] sus movimientos estudiados, su sonrisa lenta y dulce, y la mirada contemplativa de sus ojos con los párpados caídos, aunque refuerzan su dignidad y atractivo no se ajustan a la concepción occidental de lo que es una personalidad vigorosa. (Bell, 1940: 30-31)

Bell empleó sus conocimientos y sus viajes para favorecer la causa del Imperio británico, por lo que el rey Jorge V la nombró en 1917 Commander of the British Empire. Por lo que parece, nunca pensó que su decidida lealtad al Imperio pudiera ser perjudicial, o ni siquiera dejar de coincidir con los intereses de este «niño muy viejo» (Bell, 1985: ix) que era el oriental, el árabe. No sorprende, entonces, que los autores no

occidentales hayan criticado su actitud como imperialista y cargada de opiniones racistas (Danish, 1992). Es extraño que se hayan dedicado numerosos libros y artículos a la vida de Bell pero que, con pocas excepciones (Gordon, 1994; Wallach, 1996) solo destacan sus aspectos exóticos y románticos y no subrayan su importancia política. Todavía se echa en falta un análisis crítico de su aportación a la política británica en Oriente Medio y, en particular, al establecimiento del moderno estado iraquí (Lukitz, 1995).

Una mujer con cualidades masculinas o una mujer que trataba de escapar de las limitaciones de su género

En su conferencia en el homenaje en memoria de Gertrude Bell, Hogarth decía: «Miss Bell es todavía tan bien conocida a lo largo y a lo ancho del mundo árabe [...] no creo que ninguna mujer europea haya alcanzado tanta reputación. Tenía todo el encanto de una mujer combinado con muchas de las cualidades que atribuimos a los hombres. Se la conocía en Oriente por estas cualidades masculinas» (Hogarth, 1927: 21). No cabe duda de que Gertrude se sintió a menudo prisionera de las limitaciones que la vida social le imponía debido a su género y en numerosas ocasiones se lamentó de ello. Pero como mujer era consciente de que tenía también ciertas ventajas. Le era más fácil establecer contactos con la población local y se le abrían más oportunidades de recoger más informaciones valiosas. Por ejemplo, durante su breve encarcelamiento en Hayil, donde solo podía ser visitada por mujeres, obtuvo información muy valiosa de una circasiana que había sido concubina del último emir. En parte, porque era mujer, y una mujer en el servicio exterior era una novedad, los árabes la consideraban como «señorial», lo que explica que acudieran a ella con noticias y habladurías que no habrían contado a funcionarios británicos.

Su puesto de secretaria para asuntos orientales era, a la vez, subordinado y, a veces, decisivo, como se entrevé en comen-

tarios del Alto Comisionado como este: «Yo no podía tratar con todo el mundo y miss Bell solía actuar como un filtro con todo estos *sheikhs* y enviármelos con una nota sobre quiénes eran y de dónde venían. Su trabajo era de gran valor para mí» (Cox, 1927: 18). Gertrude también aprovechó sus cualidades femeninas como anfitriona para organizar cenas en su casa de Bagdad, en las cuales los *sheikhs* locales y los miembros de la Administración colonial eran invitados para que pudieran discutir de cuestiones políticas de manera informal.

En sus escritos no presta mucha atención a las mujeres, ni a las europeas ni a las orientales. De hecho, no tenía buena opinión de unas ni de otras. En cierto modo, sin embargo, hace una excepción con las mujeres beduinas, quienes, tal vez debido a la dureza de sus condiciones de vida, atrajeron su atención. En sus viajes a Hayil, realizó una estancia con las tribus de los Howaitat y escribió, refiriéndose a su anfitrión:

Tiene cuatro esposas [...] una de ellas, Hilel, vino y se sentó conmigo. Había tenido cuatro hijos y todos murieron. Muham tiene solo dos hijos. No quería casarse [...] pero su padre le pegó. Me enseñó una cicatriz blanca en su pecho [...] los niños mueren jóvenes en los viajes y las mujeres sufren terriblemente después de los partos por los desplazamientos incessantes y por el trabajo [...] «no descansamos en ningún momento» me dijo Muham. Su expresión era digna de lástima. (Bell's Diary, 30 de enero de 1914)

Al igual que otras viajeras, vestía trajes victorianos y mientras viajaba por el desierto llevaba consigo un baúl con lencería de lo más femenina y vestidos formales que siempre se ponía (incluso cuando estaba sola) para su cena. Era corriente entre los funcionarios y militares británicos en las colonias, incluso durante sus viajes, vestir de manera muy formal en determinados momentos. Estos rituales servían para mantener un

sentido de identidad cultural frente al «otro» y para perpetuar la ideología del gobierno imperial. Gertrude Bell seguía con interés la última moda de París y de Londres y se la recordaba como «una mujer que acarreaba su guardarropa de alta costura a través de los desiertos de Arabia» (Keay, 1990: 99). Era realmente refinada en lo tocante a su guardarropa y a menudo a su madre adoptiva le pedía que la ayudara, como en esta carta de 1917:

Me permite que le pida cuatro blusas, por favor, Crêpe de China, a ser posible dos de color marfil y dos de color rosado. Envío con esta unos anuncios de Harrods que son elegantes, especialmente el que he señalado. Agradecería también mucho si pudiera encontrarme y enviarme una chaqueta verde de seda con botones de plata... (Bell, 1987: 340)

Su extracción social y su identidad de clase se manifestaban en su modo de vida diario. Para cuidarse de sus vestidos y de otros asuntos domésticos se llevó a Bagdad una doncella francesa que le arreglaba la ropa, algo que Gertrude odiaba (por supuesto tenía también varias sirvientas árabes que hacían las labores domésticas más pesadas).

Gertrude valoraba su independencia y su libertad, pero en cambio tomó partido contra el sufragio femenino. Se ha dicho que era muy tradicional y que le disgustaba la violencia de las sufragistas, que temía que destruyeran todo lo que las mujeres profesionales habían conseguido hasta entonces y que las mujeres no eran lo bastante de fiar como para tomar decisiones en asuntos de Estado (Wallach, 1996). Tal vez el argumento decisivo para ella era que, si las mujeres instruidas y de la clase media alta ya tenían influencia política y derechos civiles, no había por qué abrir las puertas a las masas ignorantes. Además, el sufragio femenino también la habría hecho a ella menos singular... Aquí la cuestión de clase es muy importante. En con-

traste con su comportamiento aventurero de cuando estaba en Oriente, Bell en su país de origen se mantenía dentro de las fronteras de la tradición de una clase alta privilegiada. En suma, el temor a las amenazas que podían poner en cuestión el sistema político británico es lo que la hacía ser contraria a las sufragistas, un rasgo muy revelador de sus concepciones políticas conservadoras.

Conclusiones

Las experiencias de Isabelle Eberhardt y Gertrude Bell, y las narraciones que de ellas nos han legado son un ejemplo de que las mujeres no estaban fuera del proyecto colonial, sino que, al contrario, podían llegar a ser agentes muy activos en la formación de las relaciones coloniales. Los textos de una y de otra, aunque tan distintos, revelan en ambos casos la complejidad de su experiencia del encuentro colonial y, por consiguiente, de sus actitudes ante el proyecto colonial. De hecho, una y otra desempeñaron un papel nada despreciable en sus respectivas áreas coloniales del mundo árabe, si bien de una forma ambivalente que pone en cuestión la noción simple de «la construcción del ‘otro’» que aparece en la obra de Said. El estudio de estas dos mujeres pone asimismo de relieve la centralidad de la categoría de género, que, combinada con las de raza, nacionalidad y clase, es un instrumento analítico muy útil para examinar las narraciones de viajeras y sus experiencias vitales.

Para Gertrude Bell el viaje hacia Oriente significaba la libertad para escapar de los estrechos márgenes de la vida de una joven de clase alta de la Inglaterra de su tiempo; pero esta libertad fue solo la de convertirse en una versión singular del inglés imperial. Gertrude aprovechó el imperio para disfrutar de una forma especial del poder que no habría tenido en su Inglaterra nativa. El Oriente subyugado le permitía ir más allá de las barreras de género y realizar sus ambiciones, interpretar su pa-

pel sobre el telón de fondo de la superioridad imperial que ella nunca puso en tela de juicio. En contraste con su actividad «masculina» cuando se hallaba en Oriente, en su país Bell se mantuvo dentro de las barreras de género más convencionales —barreras que de alguna manera aprobaba, como demuestra su resuelta oposición a las sufragistas. Sin embargo, aunque su porte era inequívocamente imperial, al mismo tiempo se las arregló para establecer una cercanía personal con muchos de los árabes con quienes trabajó, y se hizo propagandista entusiasta de su cultura y de sus historias pasadas. En estos aspectos de su comportamiento y actitud podemos ver y leer en sus textos una opinión diferente, quizás ambivalente frente a la sociedad dominada, en términos que generalmente están ausentes en informes «más objetivos» de funcionarios coloniales preocupados por su carrera administrativa o política.

Para Isabelle Eberhardt el «Oriente» (esto es, África del norte) fue también un lugar de emancipación personal y un medio de huir de las convenciones rígidas, y no solo del rol de género, de la sociedad europea y también de su particular problema de superposición de identidades y nacionalidades (¿era rusa, francesa, suiza o magrebí?). Al contrario que en el caso de Bell, el discurso de Eberhardt constantemente difumina las fronteras entre los estereotipos del colonizador y del colonizado, y, de este modo, su actitud ambivalente representa una clara desviación con respecto al discurso orientalista establecido. Isabelle es una disidente frente al estereotipo colonial predominante, sin embargo, su vida y sus escritos muestran que una mujer que había sido considerada indeseable por la Administración colonial francesa podía llegar a ser instrumentalizada para la penetración colonial en determinadas zonas de Argelia. Eberhardt transgredió las normas europeas de género y, en general, sus valores culturales, pero la autoexploración, que en realidad constituyen sus viajes por el desierto, solo fue posible bajo condiciones coloniales. El cruzar y volver a cruce-

zar fronteras —entre géneros, idiomas, religiones y culturas tan caro a Isabelle Eberhardt, atestigua su capacidad para desafiar posturas políticas bien establecidas, ya fuesen patriarcales o feministas, coloniales o postcoloniales. Debido a su singular educación, carecía del sentimiento de superioridad metropolitana que estaba tan arraigado en Gertrude Bell. Es posible que este hecho hiciera más obvia la extracción de clase de Bell, pero los últimos escritos de Eberhardt y sus actividades en el desierto argelino sugieren que su nunca satisfecha realización personal en el espacio colonial la llevó a posturas cada vez más ambiguas frente a los colonizadores y a los colonizados, hasta identificarse con uno de los aspectos del proyecto colonial: el que encarnaban Victor Barrucand y el general Lyautey con sus planes de «penetración pacífica» en el Sahara.

Es cierto que, en muchos aspectos, la mirada de Isabelle y Gertrude sobre Oriente y los orientales, no difiere radicalmente de las narraciones de viajeros y que no se desvían necesariamente del discurso imperial masculino que era dominante, según lo presenta la formulación original de Said. Sin embargo, los textos de ambas están específicamente marcados por el género. Los escritos de Eberhardt, por un lado, suelen tener un carácter muy personal e íntimo y, por otro lado, presentan un cuadro vívido del modo de vida de las poblaciones locales en los oasis o en el desierto. Pero sus complejidades y la ambivalencia en el tratamiento de la gente y de los paisajes del Magreb no pueden comprenderse únicamente en términos de género. Sus orígenes nacionales y de clase, tan complicados, deben tenerse en cuenta para la comprensión de sus ansiedades y explican muchos rasgos de su postura ante el conflicto entre colonizadores y colonizados, un conflicto en el que ella era, a la vez, testigo y agente. Sería en vano tratar de encontrar semejantes ansiedades y contradicciones en la actitud de Gertrude Bell con respecto a la política colonial británica en Oriente Medio, pero sus escritos no pueden entenderse cabal-

mente si no se toma en consideración la categoría «género». Sus informes oficiales muestran una combinación característica de juicios personales y retrato psicológico mezclados con las valoraciones políticas. Asimismo, sus descripciones de la vida de los beduinos son excepcionalmente detalladas en lo que se refiere a la vida doméstica. El tono intimista de muchas de sus cartas y de su diario revelan también aspectos inequívocamente derivados de su género. En conclusión, la vida y los escritos de Isabelle y de Gertrude son claramente distintos, incluso contradictorios, pero arrojan mucha luz sobre la fluidez de las nociones de género, raza, nación y clase, y nos demuestran la complejidad de los roles políticos e ideológicos que jugaron las mujeres en el sistema imperial, en este caso en el encuentro colonial euroárabe.

Bibliografía

- ABDEL-JAOUAL, Hedi (1993). «Isabelle Eberhardt: portrait of the artist as a young nomad», *Yale French Studies*, 83; pp. 93-117.
- AHMED, Leila (1982). «Western ethnocentrism and perceptions of the harem», *Feminist Studies*, 8; pp. 521-534.
- ALLOULA, Malek (1981). *Le harem colonial: Images d'un sous-érotisme*. Ginebra: Slatkine.
- BEHDAD, Ali (1994). «Allahou Akbar! He is a Woman: colonialism, transvestism, and the orientalist parasite», en: Ali Behdad (ed.). *Belated travelers: Orientalism in the age of colonial dissolution*. Durham: Duke University Press; pp. 113-132.
- Bell's Special Collection, Obituaries* . Robinson Library: University of Newcastle. Bell's Diary. University of Newcastle, <http://www.ncl.ac.uk>
- BELL, Gertrude (1910). «The East Bank of the Euphrates from Tell Ahmar to Hit», *The Geographical Journal*, 36(5); pp. 513-537.
- BELL, Gertrude (1914). «A journey in Northern Arabia», *The Geographical Journal*, 14; pp. 76-77.
- BELL, Gertrude (1919). *Syria in October 1919* . Informe inédito (Sudan Archives of Durham).

- BELL, Gertrude (1940). *The Arab War. Confidential information for General Headquarters from Gertrude Bell*. Londres: The Golden Cockerel Press (en: *Bell's Special Collection*, Robinson Library).
- BELL, Gertrude (1985). *The desert and the sown*. Londres: Virago.
- BELL, Gertrude (1987). *The letters of Gertrude Bell* . Londres: Penguin Books.
- BHABHA, Homi (1993). *The location of culture*. Londres: Routledge [trad. cast.: *El lugar de la cultura* . Buenos Aires: Manantial, 2002].
- BLAKE, Susan (1992). «A woman's trek. What difference does gender make?», en: Nupur Chaudhuri y Margaret Strobel (eds.). *Western women and imperialism*. Bloomington: Indiana University Press; pp. 19-34.
- BLUNT, Alison (1999). «The flight from Lucknow: British women travelling and writing home, 1857-8», en: James Duncan y Derek Gregory (eds.). *Writs of Passage: reading travel writing*. Londres: Routledge; pp. 92-113.
- BLUNT, Alison y Gillian ROSE (eds.) (1994). *Writing women and space: Colonial and postcolonial geographies*. Londres: Guilford Press.
- BOURDIEU, Pierre (1982). *Ce que parler veut dire: l'économie des échanges linguistiques*. París: Fayard [trad. cast.: ¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos. Madrid: Akal, 1985].
- BRUNEAU, Michel y Daniel DORY (eds.) (1994). *Géographie des colonisations: XVe-XXe siècles*. París: L'Harmattan.
- CLANCY-SMITH, Julia (1992). «The 'pasionate nomad' reconsidered: an European woman in *L'Algérie française* (Isabelle Eberhardt, 1877-1904)», en: Nupur Chaudhuri y Margaret Strobel (eds.). *Western women and imperialism*. Bloomington: Indiana University Press; pp. 61-78.
- COX, Percy (1927). «Discussion», *The Geographical Journal*, 70(1); pp. 17-19.
- DANISH, Ishtiyaque (1992). *The English and the Arabs. The making of an image*. Delhi: Karakush Publishers & Media.
- DELANOË, Guy (1988). *Lyautey, Juin, Mohammed V: fin d'un Protectorat*. París: L'Harmattan.

- DEMBRI, Mohammed-Salah (1970). «Isabelle Eberhardt, est-elle Algérienne?», *Algérie Actualité*, 25; Octubre, p. 3.
- DOMOSH, Mona (1991). «Towards a feminist historiography of geography», *Transactions. Institute of British Geographers* , 16(1); pp. 95-104.
- DRIVER, Felix (1992). «Geography's empire: histories of geographical knowledge», *Environment and Planning D: Society and Space*, 10; pp. 23-40.
- DUNCAN, James y Derek GREGORY (eds.) (1999). *Writes of Passage: reading travel writing*. Londres: Routledge.
- EBERHARDT, Isabelle (1987). *Lettres et journaliers* . París: Terres d'Adventure-Actes Sud.
- EBERHARDT, Isabelle (1988a). *Écrits sur le sable. Oeuvres Complètes I*. París: Bernard Grasset.
- EBERHARDT, Isabelle (1988b). *The oblivion seekers*. Londres: Peter Owen.
- EBERHARDT, Isabelle (1991). *Écrits intimes*. París: Payot.
- EBERHARDT, Isabelle (1993). *The shadow of Islam* . Londres: Peter Owen.
- EBERHARDT, Isabelle (1995). *Prisoners of dunes*. Londres: Peter Owen.
- EBERHARDT, Isabelle (1998). *Notes de route*. París: Actes Sud.
- GARCIA-RAMON, Maria Dolors; Abel ALBET; Joan NOGUÉ y Lluís RIUDOR (1998). «Voices from the margins: gendered images of 'otherness' in colonial Morocco», *Gender, Place and Culture* , 5(3); pp. 229-240.
- GODLEWSKA, Anne y Neil SMITH (eds.) (1994). *Geography and Empire*. Oxford: Blackwell.
- GOODMAN, Susan (1985). *Gertrude Bell* . Leamington: Berg Publishers Ltd.
- GORDON, Lesley (1994). *Gertrude Bell 1868-1926*. Newcastle: British Council/University of Newcastle.
- GREGORY, Derek (1995). «Between the book and the lamp: imaginative geographies of Egypt, 1849-1950», *Transactions. Institute of British Geographers*, 20; pp. 5-28.
- GREWAL, Inderpal (1996). *Home and harem: Nation, gender, empire and the cultures of travel*. Durham: Duke University Press.

- Hérodote. *Revue de Géographie et de Géopolitique* (1978). Número monográfico sobre «Géographie et colonialisme», 11.
- HOGARTH, David George (1927). «Gertrude Bell's Journey to Hayil», *The Geographical Journal*, 70(1); pp. 1-16.
- HUDSON, Brian (1977). «The New Geography and the New Imperialism: 1870-1918», *Antipode: A Journal of Radical Geography*, 9(2); pp. 12-19.
- KABBANI, Rana (1986). *Imperial fictions. Europe's myths of Orient*. Londres: Pandora Harper Collins Publishers.
- KEAY, Julia (1990). *With passport and parasol. The adventures of seven victorian ladies*. Londres: BBC Books.
- KOBAK, Annette (1989). *Isabelle: The life of Isabelle Eberhardt* . Nueva York: Alfred A. Knopf.
- LEWIS, Reina (1996). *Gendering orientalism. Race, femininity and representation*. Londres: Routledge.
- LOWE, Lisa (1995). *Critical terrains. French and British Orientalism*. Ithaca: Cornell University Press.
- LUKITZ, Liora (1995). *Iraq, the search for national identity*. Londres: Frank Cass & SOAS.
- MCCINTOCK, Anne (1995). *Imperial leather: Race, gender and sexuality in the colonial conquest*. Londres: Routledge.
- MCEWAN, Cheryl (1996). «Paradise or pandemonium? West African landscapes in the travel accounts of Victorian women», *Journal of Historical Geography*, 22(1); pp. 68-83.
- MIDGLEY, Clare (1998). *Gender and imperialism* . Manchester: Manchester University Press.
- MILLS, Sara (1991). *Discourses of difference. An analysis of women's travel writing and colonialism*. Londres: Routledge.
- MONICAT, Bénédicte (1996). *Itinéraires de l'écriture au féminin. Voyageuses du 19e siècle*. Amsterdam: Rodopi.
- MONTAGU, Mary Wortley (1998). *Cartas desde Estambul* Barcelona: Casiopea.
- MORIN, Karen y Lawrence BERG (1999). «Emplacing current trends in feminist historical geography», *Gender, Place and Culture* , 6(4); pp. 311-330.
- MOUSSEONUI, D. (1985). «Signes et société», *El Moudjahid*, 10 de julio; p. 2.

- NOGUÉ, Joan; Abel ALBET; Maria Dolors GARCIA-RAMON y Lluís RIUDOR (1996). «Orientalisme, colonialisme i gènere. *El Marroc sensual i fanàtic* d'Aurora Bertrana», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 29; pp. 87-107.
- PRATT, Mary Louise (1992). *Imperial eyes: Travel writing and transculturation*. Londres: Routledge.
- RAGAN, John David (1998). «French women travellers: A discourse marginal to orientalism?», en: Paul Starkey y Janet Starkey (eds.). *Travellers in Egypt*. Londres: IB Tauris; pp. 222-230.
- RICE, Laura (1994). «Eberhardt as Si Mahmoud: Translation or transgression?», en: Karim Hamdy y Laura Rice (eds.). *Departures: Isabelle Eberhard*. San Francisco: City Lights Books; pp. 208-224.
- SAD (Sudan Archives Durham), University of Durham, File F. R. Wingate's Papers.
- SAID, Edward (1978). *Orientalism*. Londres: Routledge [trad. cast.: *Orientalismo*. Madrid: DeBolsillo, 2003].
- SAID, Edward (1993). *Culture and imperialism*. Nueva York: Vintage [trad. cast.: *Cultura e imperialismo*. Madrid: Anagrama, 1993].
- SAYAGH, Saïd (1986). *La France et les frontières Maroco-Algériennes, 1873-1902*. París: Éditions du CNRS.
- SECOR, Anna (1999). «Orientalism, gender and class in Lady Mary Wortley Montagu's Turkish Embassy Letters», *Ecumene*, 6(4); pp. 375-398.
- SOUBEYRAN, Oliver (1989). «La géographie coloniale au risque de la modernité», en: Michel Bruneau y Daniel Dory (eds.). *Géographie des colonisations: XVe-XXe siècles* . París: L'Harmattan; pp. 194-213.
- SPIVAK, Gayatri (1987). *In other worlds: Essays in cultural politics* . Londres: Methuen [trad. cast.: *En otras palabras, en otros mundos. Ensayos sobre política cultural*. Buenos Aires: Paidós, 2013].
- WALLACH, Janet (1996). *Desert queen. The extraordinary life of Gertrude Bell*. Nueva York: Nan A. Talese/Doubleday.
- YEGENOGLU, Meyda (1998). *Colonial fantasies. Towards a feminist reading of orientalism*. Cambridge: Cambridge University Press.